

La filosofía cristiana, según San Agustín

INTRODUCCION *

1. El año 373, en Cartago, siendo estudiante de retórica, San Agustín pasó por una crisis interior decisiva, por obra y gracia de un libro que cayó en sus manos. Lo narra él mismo en unas páginas emocionadas de *Las confesiones*: «Según el curso normal de los estudios había llegado a un libro de Cicerón... Este libro ciceroniano contiene una exhortación a la filosofía y se llama *Hortensio*. Y es de saber que este libro trocó mis aspiraciones... Envilecióse de repente para mí toda vana esperanza, y con increíble encendimiento de mi corazón deseé la sabiduría imperecedera, y comencé a levantarme para retornar a Ti... Y lo que sólo me deleitaba en aquella exhortación era que me excitaba y me encendía con vivo fuego a amar y buscar y alcanzar y retener y abrazar con firmeza no tal o cual escuela de sabiduría, sino la *Sabiduría*» (1).

En la antigüedad, la cultura oratoria, literaria, no se oponía, como ocurre hoy, a una cultura de tipo científico, sino a la filosofía, a la severa vocación del filósofo que pone el conocimiento de la verdad por encima de las vanidades de la dicción (2). Esta vocación superior

* Citamos el texto de las *Confesiones* por la edición de A. C. VEGA (Madrid, 1946). Las demás obras se citan según MIGNE.

(1) «Usitato iam discendi ordine perveneram in librum cuiusdam Ciceronis... Sed liber ille ipsius exhortationem continet ad philosophiam et vocatur *Hortensius*. Ille vero liber mutavit preces meas... Viluit mihi repente omnis vana spes et immortalitatem sapientiae concupiscebam aestu cordis incredibili et surgere coeperam, ut ad te redirem... Hoc tamen solo delectabar in illa exhortatione, quod non illam aut illam sectam, sed ipsam quaecumque esset, sapientiam ut diligerem et quaererem et adsequerem et tenerem atque amplexarer fortiter, excitabar sermone illo, et ardebam...» *Conf III 4 7-8* Vega 400-402.

(2) MARROU, *San Agustín y el agustinismo*, (Madrid, 1960) p. 21. Cfr., del mismo autor, *Saint Augustín et la fin de la culture antique* (Paris, 1949).

del filósofo, del que se plantea las grandes preguntas sobre el hombre y su destino, es la que descubre San Agustín en el *Hortensio*.

Fue un momento trascendental, un viraje en su vida. San Agustín recordó siempre este instante. Este año diecinueve de su edad lo pone siempre como hito inicial de su nueva historia, cuando echa la vista atrás, para hacer un recuento de su vida. «Desde que en el año décimonono de mi edad leí en la escuela de retórica el libro de Cicerón llamado *Hortensio*, inflamóse mi ánimo con tanto ardor y deseo de la filosofía que inmediatamente pensé en dedicarme a ella» (3).

Toda su vida no será ya otra cosa que una búsqueda apasionada e incondicional de la verdad. *Quid fortius desiderat anima quam veritatem?* (4). Al final del *De ordine* agradece a Dios que le haya dado esta actitud y voluntad: «buscar la verdad por encima de todo, sin desear, ni pensar, ni amar otra cosa» (5). Y en el *De utilitate credendi* escribirá a su amigo y discípulo Honorato: «La verdad y la salud del alma, si después de buscada diligentemente allí donde parecía seguro su hallazgo, no se la encuentra, se la debe seguir buscando a riesgo de todo peligro» (6). Sólo una búsqueda sincera y entregada alcanzará su objetivo: «Si la sabiduría y la verdad no se buscan con todas las fuerzas del alma es imposible encontrarlas. Pero si se buscan como es debido, es imposible que se sustraigan y se escondan de sus amadoras» (7).

2. Y ¿cuál es esta verdad que busca San Agustín? La verdad de la *Sabiduría*, no las verdades de la *Ciencia* (8). La filosofía, para San Agustín, no trata de problemas, sino del problema del hombre: ¿qué es el hombre? ¿cuál es el fin del hombre? ¿cómo llegar a ser hombre? En filosofía sólo hay dos problemas fundamentales, que en el fondo son uno solo: Dios y el hombre. «Dos son los problemas de la filosofía: uno acerca del hombre, el otro acerca de Dios» (9). «Quie-

(3) «Ego ab usque undevigesimo anno aetatis meae, postquam in schola rhetoris illum librum Ciceronis qui *Hortensius* vocatur accepi, tanto amore philosophiae succensus sum, ut statim ad eam me transferre meditarer». *BVita* 1 4 PL 32.

(4) *Ioan* 26 5 PL 35

(5) «...ut inveniendae veritati nihil omnino praeponam, nihil cogitem, nihil amem». *Ord* II 20 52 PL 32.

(6) «Veritas atque animae salus si diligenter quaesita ubi tutissime licet inventa non fuerit, cum quovis discrimine quaeri debeat». *UCred* 7 18 PL 42.

(7) «Si sapientia et veritas non totis animi viribus concupiscatur, inveniri nullo pacto potest. At si ita quaeratur ut dignum est, subtrahere sese atque abscondere a suis dilectoribus non potest». *MorEccl* I 17 31 PL 32.

(8) Acerca de la diferencia entre *scientia* y *sapientia* cfr. *Trin* XII 12 17 PL 42.

(9) «Cuius (philosophiae) duplex quaestio est: una de anima, altera de Deo». *Oord* II 18 47 PL 32.

ro conocer a Dios y al hombre. —¿Nada más? —Nada absolutamente» (10).

Consecuentemente San Agustín pone en el umbral de la filosofía no la admiración (θαυμάζειν), sino el ansia de felicidad. «Comúnmente todos los filósofos en sus estudios, en sus investigaciones, en sus disputas, en su vida toda buscaban la felicidad. (*vitam beatam*). *Haec una fuit causa philosophandi*» (11). Y citando a Varrón: *Nulla est homini causa philosophandi, nisi ut beatus sit* (12). En una carta a San Jerónimo cita una anécdota significativa: «Un sujeto se cayó a un pozo. El agua no era mucha y no se ahogó. Uno que pasaba se acercó y, al verle allí abajo, le dijo sorprendido: 'Pero, ¿cómo te caíste?' Y el otro respondió: 'Haz el favor de pensar cómo sacarme de aquí y déjate de preguntar cómo me he caído'» (13). Comenta Le Blond: «Háblese, si se quiere, de utilitarismo cristiano y de moralismo urgente que hace preferir la pregunta por el fin a la pregunta por el principio. La verdad es que, para Agustín, lo primero es el primero es el problema de la felicidad y del *ordo vivendi*» (14).

La filosofía agustiniana es investigación vital de problemas vitales, entrega total a la búsqueda incansable del bien del hombre. ¡Se trata de nuestra vida, de nuestra conducta, de nuestra alma! *De vita nostra, de moribus, de animo res agitur* (15).

3. Ahora bien, en la búsqueda de la verdad, en el sentido expuesto, la primera cuestión que se presenta es la del método. ¿Cuál es el camino para alcanzar la verdad acerca de Dios y del hombre, para conocer y poseer el bien supremo?

San Agustín padeció aquí el influjo del maniqueísmo, que propugnaba como método un racionalismo autónomo: Creer (en el sentido especial de *cum assensu cogitare*) sólo lo que se entiende. «Me convencí de que era mejor creer a los que enseñan que a los que mandan» (16). La que mandaba era la Iglesia, los que enseñaban eran los

(10) «—Deum et animam scire cupio. — Nihilne plus? — Nihil omnino» *Sol I 2 7 PL 32*. Cfr. *Sol II 1 1*: «Ora brevissime ac perfectissime quantum potes. — Deus semper idem: noverim me, noverim Te».

(11) «Communiter omnes philosophi studedo, quaerendo, disputando, vivendo, appetiverun apprehendere vitam beatam». *Sermo 150 3 4 PL 38 809*.

(12) *CivD XIX 1 3*.

(13) «Cum quidam ruiisset in puteum, ubi aqua tanta erat ut eum magis exciperet ne moreretur, quam suffocaret ne loqueretur; accessit alius et eo viso admirans ait: Quomodo huc cecidisti? At ille: Obsecro, inquit, cogita quomodo hinc me liberes; non quomodo huc ceciderim quaeras». *Epist 167 1 2 PL 33*.

(14) *Les conversions de saint Augustin* (Paris, 1950), p. 174.

(15) Cfr. R. FLÓREZ, *Las dos dimensiones del hombre agustiniano* (Madrid, 1958), p. 19.

(16) «Mihi persuasi docentibus potius quam iubentibus esse credendum» *BVita 1 4 PL 32*.

maniqueos. «Sabes, Honorato, que caímos bajo la influencia de los maniqueos sólo por esto, porque, dejando de lado la opresora autoridad, prometían a cuantos se pusiesen bajo su dirección, llevarlos hasta Dios por un camino pura y estrictamente racional (*mera et simplici ratione*) y librarlos de todo error. ¿Qué es lo que me forzó a seguirlos y escucharlos... sino su afirmación de que (en la Iglesia) se nos imponía un terror supersticioso y se nos obligaba a creer antes de entender; y que en cambio ellos nunca imponían la fe, sino que primero discutían y esclarecían la verdad?» (17).

Pero el resultado fue el fracaso. La razón autónoma no le llevó a la verdad, sino a los umbrales mismos del escepticismo. Descubre pronto la inconsistencia de las tesis maniqueas y le ronda la tentación del escepticismo. «Vínome a las mentes el pensamiento, que los filósofos que llaman académicos habían sido más avisados que los otros al sostener que de todo se debía dudar, llegando a la conclusión de que el hombre no es capaz de ninguna verdad» (18). «Muchas veces me parecía que no podría hallarse (la verdad), y las grandes marejadas de mis pensamientos me impelían a dar mi voto a los académico; otras muchas, considerando, según me era posible, la vivacidad de la mente humana tan penetrante y afilada, no creía que estuviese oculta la verdad, sino más bien el medio de hallarla» (19).

Finalmente descubrió San Agustín el método verdadero, que es exactamente contrario al método maniqueo. No «entender para creer», sino «creer para entender». Su concepción de las relaciones entre la Fe y la razón, y su noción de filosofía derivan de esta dolorosa experiencia. San Agustín, aquí como en otras ocasiones, no hace más que sistematizar su experiencia personal, elevar la anécdota a categoría. Llega a lo universal, no por abstracción de lo múltiple, sino profundizando en lo individual.

(17) «Nosti, Honorate, non aliam ob causam nos in tales homines incidisse, nisi quod se dicebant terribili autoritate separata, mera et simplici ratione eos qui se audire vellent introducturos ad Deum et errore omni liberaturos. Quid enim me aliud cobeat, annos fere novem, spreta religione quae mihi puerulo a parentibus insita erat, homines illos sequi ac diligenter audire, nisi quod nos superstitione terreri, et fidem nobis ante rationem imperari dicerent, se autem nullum premere ad fidem, nisi prius discussa et enodata veritate?» *UCred* 1 2 PL 42.

(18) «Suborta est etiam mihi cogitatio, prudentiores illos ceteris fuisse philosophos, quos academicos appellant, quod de omnibus dubitandum esse censuerant nec aliquid veri ab homine comprehendi posse decreverant». *Conf* V 10 19 VEGA 492.

(19) «Saepe mihi videbatur non posse inveniri (verum), magnique fluctus cogitationum mearum in academicorum suffragium ferebantur. Saepe rursus intuens quantum poteram, mentem humanam tam vivacem, tam sagacem, tam perspicacem, non putabam latere veritatem, nisi quod in ea quaerendi modus lateret, eundemque ipsum modum ab aliqua divina auctoritate esse sumendum». *UCred* 8 20 PL 42.

EL MÉTODO: I. — LA TEORÍA

El primer paso para llegar a la verdad, una vez probado que existe (20), lo da la Fe, no la razón (21). Este es el método agustiniano: «lo que yo pienso sobre el camino de hallar la verdad y de entrar en posesión de la misma» (22). «Si no puedes entender, cree, a fin de que entiendas» (23). «No pretendas entender para creer, sino cree para entender» (24).

Sin embargo San Agustín no propugna una Fe ciega. Reconoce cierto ejercicio de la razón anterior a la Fe. En este sentido el texto que formula mejor, sin dar lugar a equívocos, el pensamiento agustiniano es el siguiente: «*intellige ut credas, crede ut intelligas...* Entiende mi palabra, para creerla; cree la palabra de Dios, para entenderla» (25).

1. *Intellige ut credas*

Para que el acto de Fe sea razonable, hay que examinar con la razón, antes de creer, las garantías que ofrece el testigo, los motivos de credibilidad: *consideratur cui sit credendum* (26). «Creemos en la

(20) La refutación agustiniana del escepticismo tiene, como es sabido, un tono marcadamente precartesiano: *si fallor, sum* (CivD XI 26). Cfr. VRel 39 73 PL 34 y CAcad passim.

(21) San Agustín empieza por hacer notar que la fe, el recurso a la autoridad de un testigo es algo normal y necesario en la vida social humana. Así sabemos, por ejemplo, quiénes son nuestros padres (UCred 12 26; 10 23-24). La sinceridad y la buena disposición de un discípulo ha de creerlas el maestro, no se ven (LArb II 2 5). Por su parte el discípulo debe creer las palabras del maestro, mientras no está en disposición de verificarlas: «el orden natural es que, cuando aprendemos alguna cosa, la autoridad precede a la razón» (MorEccl I 2 3). «Múltiples razones podrían aducirse para mostrar que no quedaría nada firme en la sociedad humana, si nos determináramos a no creer más que lo que podemos percibir por nosotros mismos» (UCred 12 26).

(22) «Quid mihi de inveniendā ac retinendā veritate videatur». UCred 1 1 PL 42.

(23) «Si non potes intelligere, crede ut intelligas; praecedit fides, sequitur intellectus». Sermo 118 1 PL 38 672.

(24) «Noli quaerere intelligere ut credas, sed crede ut intelligas». Ioan 29 6 PL 35 1630. Notemos desde ahora que en estas formulaciones del método, se trata siempre, no de la fe humana, sino de la Fe divina y cristiana en la palabra de Dios revelada en Jesucristo y predicada por la Iglesia.

(25) «Ex aliqua parte verum est quod ille dicit: Intelligam, ut credam; et ego qui dico, sicut dicit Propheta: Imo, crede, ut intelligas. Verum dicimus, concordemus. Ergo intellige, ut credas; crede, ut intelligas. Breviter dico quomodo utrumque sine controversia accipiamus. Intellige, ut credas, verbum meum; crede, ut intelligas Verbum Dei». Sermo 43 9 PL 38.

(26) VRel 25 45 PL 34.

existencia de las cosas alejadas de nuestros sentidos, si estimamos idóneo el testimonio que se da sobre ellas» (27).

Más aún, observa agudamente San Agustín, esto mismo que vamos diciendo, a saber, que el buen método es creer primero, para entender después, es la razón quien lo hace ver: *ut fides praecedat rationem rationabiliter visum est* (28).

Esto es evidente. San Agustín admite una etapa racional que antecede y prepara el acto de Fe.

Pero esta etapa es meramente propedéutica y desde luego se da por supuesta. Queda fuera del método propiamente dicho. «*Intellige ut credas...* no pertenece todavía a la *filosofía* en el sentido que la define Agustín, como *sagesse béatifiante*; sino que hace referencia... a los motivos de credibilidad... Es muy secundario en el método que señala al cristiano su programa de trabajo intelectual. Este método pone delante, no la inteligencia, sino la Fe» (29).

El método agustiniano, en sus elementos esenciales, reza: creer para entender; la autoridad primero, la razón después. «¿Quieres entender? Cree... Si no puedes entender, te lo repito, cree. No pretendas entender para creer; sino cree, para entender» (30). Si quiere alcanzar la verdad, la filosofía tiene que operar después y dentro de la Fe.

2. *Crede ut intelligas*

1. Precisemos primero lo que no dice San Agustín. San Agustín no dice que, antes de creer, la razón no pueda conocer ninguna verdad. Hemos visto como pone una etapa racional anterior a la Fe; refuta el escepticismo sin recurrir a la Fe; nunca ha dicho que para conocer las verdades matemáticas, deba el hombre creer primero. La Fe no es necesaria para conocer las *verdades* de la *scientia*, sino para conocer la *verdad* de la *Sapientia*, es decir, *ad magna quaedam quae capi nondum possunt* (31).

San Agustín no se coloca en un plano *teórico*: ¿qué puedo conocer con la razón sola?; sino en un plano *práctico*, como hemos visto al principio del capítulo: ¿puede resolver la razón sola el problema de destino humano? ¿puede darle a conocer al hombre el bien supre-

(27) «Creduntur illa quae absunt a sensibus nostris, si videtur idoneum quod eis testimonium perhibetur». *Epist 147 2 7 PL 33*.

(28) *Epist 120 1 3 PL 33*.

(29) F.-J. THONNARD, *La philosophie et sa méthode rationnelle en augustinisme*, en *Rev Etud August 6* (1960) 14.

(30) «Intelligere vis? Crede... Si nom intelligisti, inquam, crede. Noli quaerere intelligere ut credas, sed crede ut intelligas». *Ioan 29 6 PL 35 1630*.

(31) *Epist 120 1 3 PL 33*. La refutación del escepticismo, los motivos de credibilidad y la *scientia* quedan fuera del método.

mo? La filosofía de su tiempo tenía una problemática preponderantemente moral y reflexionaba con preferencia *de finibus bonorum et malorum, de beata vita...* Situado en este ambiente y perspectiva, San Agustín afirma: la razón, la filosofía solas no resuelven el problema del fin del hombre, no alcanzan la verdad plena y cierta acerca de Dios y del hombre. Y en este sentido dice que «somos impotentes para hallar por la razón sola la verdad» (32) y que el resultado de una filosofía separada de la Fe es en definitiva *desperatio inveniendi verum* (33).

«Es pues exponerse a malentendidos buscar en la definición agustiniana de las relaciones entre la Fe y la inteligencia la solución del problema moderno de las relaciones entre la Fe y la razón... Preguntar si la razón sola puede o no alcanzar algunas verdades sin la ayuda de la Fe es una pregunta que San Agustín respondería sin duda afirmativamente, y su refutación puramente filosófica del escepticismo bastaría para probarlo. Pero no es así como se plantea él el problema. La filosofía es amor de la sabiduría; el fin de la filosofía es la posesión de la sabiduría beatificante; ¿puede la razón sola llevarnos hasta ella? San Agustín responde: no» (34).

Para conocer la verdad de la sabiduría, es necesario primero creer esa verdad, creer en la autoridad de Dios que la enseña. «Creer sin razones cuando aún no estamos en condición de aprehenderlas y preparar el espíritu por medio de la Fe para recibir la semilla de la verdad, lo tengo no sólo por saludable, sino por necesario» (35). «Es imposible encontrar la religión verdadera (entiéndase, la verdad acerca de Dios y del hombre) sin someterse al dominio severo de la autoridad y sin una Fe previa en aquellas verdades que más tarde se llegan a poseer y comprender, si nuestra conducta nos hace dignos de ello» (36).

Para entender es necesario primero creer, porque la Fe ilumina la razón.

(32) «Cum essemus infirmi ad inveniendam liquida ratione veritatem...» *Conf VI 5 8* VEGA 522.

(33) Cfr. NEWMAN: «At present it is nothing else than deep, plausible scepticism, of which I spoke above, as being the development of human reason as practically exercised by the natural man». *Apologia pro vita sua*, cap. V.

(34) GILSON, *Introduction à l'étude de saint Augustin* (Paris, 1929), p. 38.

(35) «Nam ego credere ante rationem, cum percipiendae rationi non sis idoneus, et ipsa fide animum excolere excipiendis seminibus veritatis, non solum saluberrimum iudico, sed tale omnino sino quo aegris animis salus redire non possit». *UCred 14 31* PL 42.

(36) «Vera religio, nisi credantur ea quae quisque postea, si se bene gesserit dignusque fuerit, assequatur atque percipiat, et omnino sino quodam gravi auctoritatis imperio iniri recte nullo pacto potest». *UCred 9 21* PL 42.

2. Pero no solamente por esto. La Fe además, opera una transformación, una *μετάνοια* en el hombre.

La teología moderna ha recuperado esta dimensión personal del acto de Fe, bastante olvidada en la teología anterior influenciada por el racionalismo ambiental. Esta teología premoderna tendía a concebir el acto de Fe solamente como una sumisión a fórmulas dogmáticas, como obediencia del entendimiento a la palabra y a la autoridad de Dios: *credere Deo*. La teología moderna redescubre la concepción más plenaria de los Santos Padres y, entre ellos, especialmente de San Agustín, que concibe el acto de Fe, además y sobre todo, como *credere in Deum*, como una entrega confiada de toda la persona a un Dios que es amor y que se revela al hombre para invitarle a entrar en su amistad.

La Fe así concebida es ante todo una conversión. Por tanto, no solamente ilumina la razón, sino que sobre todo crea en el hombre una actitud de buena voluntad, de amor sincero de la verdad. El que cree entenderá más, porque tiene purificado el «ojo interior».

Y es que no se puede hacer filosofía como se hace física o matemáticas. La filosofía no es una ciencia, es casi religión. El problema central de la metafísica, el del Ser Absoluto, no se puede tratar objetivamente, desinteresadamente, a distancia; no es un *problema*, dirá Marcel, no es un objeto, algo que está frente a mí (ob-iectum), fuera de mí; es un *misterio*, algo que me concierne, que me «comprende», me envuelve.

Esto también había quedado olvidado en la larga etapa racionalista de la filosofía moderna. «Para creer en la inmortalidad, escribía Tolstoi en su «Diario», hay que llevar una vida inmortal». Para *conocer* a Dios, hay que *reconocerle* como a tal, tiene que renunciar el hombre a ser el fin de sí mismo. Para conocer a Dios, hay que amarle (37).

Esta es la ventaja principal que ve San Agustín en el método de la Fe previa. No vemos la verdad porque, muchas veces, es difícil y elevada; pero más todavía, porque no queremos verla o porque no somos dignos de verla. San Agustín insiste continuamente en la necesidad primordial de purificar la mirada. Dios está siempre presente al espíritu; si éste no le conoce no es por falta de claridad, por falta de presencia, sino porque su mirada interior no es clara, porque no está purificado, porque no ha renunciado al pecado. Dios castiga *illicitas cupiditates* imponiendo *poenales caecitates*.

Veamos algunos textos. He aquí el recto orden en la búsqueda de la verdad: *Prior est labor operandi quae recta sunt, quam voluptas intelligendi quae vera sunt* (38). Hacer lo contrario es marrar el camino: «Desear ver la verdad con ánimo de purificar el espíritu es

(37) BLONDEL dará gran importancia en su filosofía a la opción frente al Absoluto.

(38) C. *Faustum manich.* XXII 52 PL 42 433.

invertir el orden y posponer lo que se debe anteponer: hay que purificar para ver» (39).

Es notable por su valor de síntesis y por su claridad un texto que vamos a resumir. Viene a decir San Agustín: primero, la Fe; segundo, la vida de Fe, la conducta moral; tercero, inteligencia de la Fe. Y explica el porqué de la necesidad de la purificación moral. «Siendo así que el conocer y el hacer hacen feliz al hombre, en el conocer hay que evitar el error, en el hacer el pecado. Se equivoca quien piensa poder conocer la verdad, viviendo mal. Una vida así no puede contemplar la verdad pura e inmutable y unirse con ella... Por tanto hasta que no nos hayamos purificado, hemos de creer lo que no podemos entender» (40).

Cerremos esta enumeración de textos con uno que, en su brevedad, los resume todos: *Non intratur in veritatem, nisi per caritatem* (41).

Señalemos de paso las actitudes opuestas, en este punto, de Sócrates y San Agustín. Para el intelectualismo griego, la conducta moral viene condicionada por el saber, sólo el sabio puede obrar rectamente, el vicio es error o ignorancia, el hombre peca porque no sabe... Para San Agustín al revés, el saber viene condicionado por la conducta, sólo el hombre previamente purificado («convertido») puede acceder a la sabiduría (42).

3. *Inteligencia de la Fe. La filosofía cristiana*

1. De la autoridad infalible de Dios y de su Iglesia recibimos desde el principio las verdades que necesitamos saber para alcanzar nuestro fin.

Pero el conocimiento que la Fe nos da de la verdad es imperfecto, porque es extrínseco y oscuro, y no satisface nuestro afán de saber, de entender.

El espíritu quiere entender, no creer; quiere conocer a Dios y no solamente creer en El. La Fe no es el fin; el fin es la evidencia, la visión *facie ad faciem*.

(39) «Verum videre velle, ut animum purges, cum ideo purgetur ut videas, perversum certe atque praeposterum est». *UCred* 16 34 PL 42.

(40) «Cum enim cognitio et actio beatum hominem faciant, sicut in cognitione cavenus est error, sic in actione cavenda est nequitia. Errat autem quisquis putat veritatem se posse cognoscere cum adhuc nequiter vivat... Talis vita non potest puram illam et sinceram et incommutabilem videre veritatem et inhaerere illi et in aeternum iam non moveri. Itaque priusquam mens nostra purgetur, debemus credere quod intelligere non dum valeamus». *De agone christ.* 13 14 PL 40 299.

(41) *C. Faustum manich.* XXXIII 18 PL 42 507.

(42) Cfr. A. ARISTEGUI, en *Giorn. di Metaf.* 23 (1968) 258.

Hemos dicho antes que la razón no basta para llevarnos a la verdad. Digamos ahora que la Fe tampoco. «Ni se puede decir que se ha hallado lo que se cree sin entenderlo, ni se capacita nadie para hallar a Dios de otra manera que creyendo primero lo que ha de conocer después» (43). La Fe, para San Agustín, no es el final del camino, sino el comienzo. No es un sustituto de la razón, sino un auxilio providencial para conocer más, para entender mejor. Basta asomarse a la inmensa obra agustiniana para percibir la enorme y sostenida tensión racional que la atraviesa toda, desde los primeros diálogos filosóficos hasta los últimos tratados teológicos.

El método agustiniano «creer para entender», resume Thonnard, significa, desde el punto de vista filosófico, que es necesario recibir primero la verdad, oscura todavía, *en la Fe religiosa*; según la enseñanza infalible de la Iglesia católica; para esforzarse después por *explicarla con evidencia* en una doctrina racional coherente y universal (44).

La autoridad y la razón, dirá San Agustín resumiendo su método, llevan al hombre al conocimiento de la verdad. «La autoridad exige fe y dispone al hombre para la razón. La razón guía al conocimiento e intelección. Si bien la autoridad no está totalmente desprovista de razón, pues se atiende a quien se ha de creer» (45). «Si bien nadie puede creer en Dios sin entender algo, sin embargo la misma Fe con que cree le sana para que entienda más. Porque hay cosas que si no las entendemos no las creemos; y hay cosas que no las entendemos si no las creemos... Por tanto nuestro entendimiento aprovecha para entender lo que hemos de creer y la Fe aprovecha para creer lo que hemos de entender; y en la inteligencia ulterior de lo creído avanza el espíritu con el entendimiento» (46).

2. *Inteligencia de la Fe*: eso será para San Agustín la filosofía cristiana, la *vera philosophia*.

El filósofo cristiano comienza primero por la Fe. Todas las verdades necesarias para alcanzar la felicidad, fin último del hombre, están reveladas en la Escritura. Todas pueden y deben ser creídas. In-

(43) «Neque inventum dici potest quod incognitum creditur, neque quisquam inveniendō Deo fit idoneus, nisi antea crediderit quod est postea cogniturus». *LArb* II 2 6 PL 32.

(44) *O. c.*, p. 29.

(45) «Auctoritas fidem flagitat et rationi praeparat hominem. Ratio ad intellectum cognitionemque perducit. Quamquam neque auctoritatem ratio penitus deserit, cum consideratur cui sit credendum». *VRel* 24 45 PL 34.

(46) «Quamvis enim, nisi aliquid intelligat, nemo possit credere in Deum; tamen ipsa fide qua credit sanatur ut intelligat ampliora. Alia sunt enim quae nisi intelligamus non credimus, et alia sunt quae isi credamus non intelligimus... Proficit ergo intellectus noster ad intelligenda quae credat, et fides proficit ad credenda quae intelligat; et eadem ipsa ut magisque intelligantur in ipso intellectu proficit mens». *Enarr* 118 18 3 PL 37 1552.

cluso la existencia misma de Dios: por más que podamos demostrar evidentemente su existencia, nos aprovecha creer primero en ella.

Después el filósofo cristiano investiga racionalmente estas verdades reveladas. De todas puede alcanzar algún conocimiento; poco, si la verdad en cuestión es un misterio estricto; más, hasta la total evidencia quizá, si no lo es. En esta investigación la razón procede con total independencia intrínseca, en ella la Fe es objeto, no prueba; es el punto de llegada, no el camino. El camino lo anda la razón sola.

De este modo, resume Gilson, la filosofía agustiniana no ha querido ser otra cosa que *una exploración racional del contenido de la Fe* (47). Es «una creencia que se explicita en ciencia o una ciencia que se nutre de la creencia cuyo contenido asimila progresivamente» (48).

La filosofía agustiniana no es una filosofía autónoma, separada de la Fe cristiana; pero tampoco es teología. San Agustín comienza por la Fe, es cierto, y somete toda su reflexión racional a la «regla de la Fe». Pero anhela también ardientemente *entender*, hasta la plena evidencia si es posible. Y por ello San Agustín es quizá el tipo más representativo del filósofo cristiano (49).

II.— LA PRÁCTICA

Expuesta la teoría del método, veámoslo en acción. Examinemos brevemente, en dos casos concretos, la andadura de la filosofía cristiana.

1. Abramos el *De libero arbitrio*. En él se trata del origen del mal. El problema en el fondo consiste en conciliar el hecho de la libertad humana, dada por Dios al hombre y de la cual procede el mal, con la santidad de Dios.

La Fe nos enseña la infinita santidad de Dios; por tanto la culpa estará toda en el hombre.

«Aunque creo con fe inquebrantable todo esto —responde Evodio, el interlocutor de Agustín en el diálogo fingido—, como aún no lo entiendo, continuemos investigando como si todo fuera incierto.»

Más adelante: «Agustín: Tú tienes por cierto, al menos, que Dios existe.— Evodio: Sí, esto tengo por verdad inconcusa; mas también por la Fe, no por la razón.»

Pero, añade Agustín, esta fe es razonable, hay motivos de credibilidad que la abonan. ¿Por qué, pues, no nos contentamos en todas las cuestiones con una Fe razonable? «¿Por qué, respecto de estas cosas que hemos determinado investigar como si fueran inciertas y

(47) O.c., p. 39

(48) *Ibid.*, p. 42.

(49) THONNARD, o.c., p. 46.

absolutamente desconocidas, no piensas lo mismo, o sea, que fundados en la autoridad de tan grandes varones debamos creerlas tan firmemente que no debamos gastar más tiempo en su investigación?»

«Evodio: Es que nosotros deseamos saber y entender lo que creemos (*Id quod credimus, nosse et intelligere cupimus*).

Agustín: «Veo que te acuerdas perfectamente del principio indiscutible que establecimos en los mismos comienzos de la discusión» (50).

Y al final de ésta se recogen los resultados de la investigación con estas palabras:

«Aunque estas dos verdades, a saber, que hay Dios y que todos los bienes proceden de Dios, fueran ya antes para nosotros objeto de nuestra fe inquebrantable, sin embargo de tal manera las hemos dilucidado ahora, que también aparece como cosa evidente esta tercera: que la voluntad libre del hombre ha de ser considerada como uno de los bienes que el hombre ha recibido de Dios» (51).

Textos similares abundan, pero añadiremos sólo este fragmento de la oración final del *De Trinitate*, en el que late el ansia de saber de San Agustín:

«Fija la mirada de mi atención en esta regla de la Fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que Tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané grandemente. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara y me has dado esperanzas de hallarte más y mejor» (52).

2. El método de San Agustín, como se ha visto, es un equilibrio o, si se quiere, una tensión entre dos polos: el afán incoercible de saber y la necesidad previa de creer. No es agustiniano evidentemente una razón sin Fe, una razón autónoma. Pero tampoco es agustiniano una Fe sin razón, sin filosofía. La célebre carta a Consencio, en su mayor parte, va a prevenir una posible mala inteligencia del método.

Este corresponsal en efecto lo había entendido de una manera simplista y peligrosa: dejemos la razón y sigamos la autoridad de los santos (53).

San Agustín responde con un ¡alerta! Y su carta es un verdade-

(50) *LArb* II 2 5-6 PL 32

(51) *LArb* II 47 PL 32.

(52) «Ad hanc regulam fidei dirigens intentionem meam quantum potui, quantum me posse fecisti, te et desideravi intellectu videre quod credidi, et multum disputavi et laboravi. Domine Deus meus, una spes mea, exaudi me, ne fatigatus nolim te quaerere, sed quaeram faciem tuam semper ardentem. Tu da quaerend vires, qui invenire te fecisti, et magis magisque inveniendi te spem dedisti». *Trin* XV 28 51 PL 42.

(53) «Non tam ratio requirenda quam auctoritas est sequenda sanctorum». *Epist* 120 1 2 PL 33. Esta actitud reaparecerá en algunos autores espirituales de la Edad Media, sobre todo en San Pedro Damían.

ro elogio de la razón, que culmina en su conocida consigna: *intellectum valde ama*.

Debes corregir tu manera de pensar, le dice. «No para rechazar ahora la Fe, sino para esforzarte por ver con la luz de la razón lo que ya mantienes firmemente con la Fe. Lejos de ti pensar que Dios odia en nosotros esa facultad por la que nos creó superiores al resto de los animales. El nos libre de concebir la Fe como un sustituto de la razón, para ahorrarnos la reflexión racional, siendo así que ni aún creer podríamos, si no fuéramos racionales.

Es la razón precisamente la que establece que, en algunas cosas que pertenecen a la doctrina salvadora (y que no podemos captar con la razón; sólo más tarde seremos capaces de ello), la Fe ha de preceder a la razón, a fin de purificar el corazón del hombre y hacerle capaz de captar y soportar la luz de la gran Razón (*magnae rationis lucem*). Es pues razonable el precepto del profeta: Si no creyereis, no entenderéis... Por tanto es la razón la que hace ver que la Fe ha de preceder a la razón. So pena de declarar irracional aquel precepto... Luego si es razonable que, en las grandes cuestiones, que todavía no se comprenden, la Fe preceda a la razón, es evidente que la razón, por sencilla que ella sea, que esto establece, es anterior a la Fe» (54).

La Fe misma, dice más adelante, va orientada a la visión futura, supone la esperanza de esta visión: «Quien no desea entender (lo que cree) y opina que basta creer, no sabe siquiera a dónde va orientada la Fe (*cui rei fides prosit ignorat*). La fe piadosa no quiere estar sin la esperanza y sin la caridad, y el creyente debe creer lo que todavía no ve, pero esperando y amando la futura visión» (55).

Terminemos estas citas con un pasaje célebre: «No es pequeño principio del conocimiento de Dios saber ya lo que Dios no es, cuando todavía no podemos saber lo que es. Ama intensamente la razón. Las mismas Sagradas Escrituras... sólo podrán serte útiles si las entiendes bien... Tú, carísimo, ora intensa y fielmente para que el Señor te dé conocimiento» (56).

NOTAS COMPLEMENTARIAS

1. *La verdad al alcance de todos*

Para entender es necesario creer. Pero esta Fe previa no es ciega, sino razonable: viene precedida y preparada por un momento racional, que examina los fundamentos y las garantías de la Fe. ¿Circu-

(54) *Epist* 120 1 2-3 PL 33.

(55) *Ibid.* 2 8.

(56) «Non parva est inchoatio cognitionis Dei, si antequam possumus nosse quid sit, incipiamus iam nosse quid non sit. Intellectum vero valde ama». *Ibid.* 3 13.

lo entonces? Para usar bien de la razón, hay que creer; pero para creer razonablemente, hay que usar de la razón...

El problema es aparente. Antes de creer, la razón opera, no sobre el *contenido* de la Fe, sino sobre el *hecho* de la Fe, sobre el acontecimiento de la revelación y sobre las pruebas que lo certifican.

Habrà que acudir a los grandes filósofos para conocer el *qué* y el *porqué*. Pero no son necesarias profundas intuiciones metafísicas, ni rigurosas deducciones lógicas para establecer un *hecho*. No es necesaria la inferencia estricta, en la terminología de Newman; basta la inferencia *informal* o *natural*, por la que sabemos, por ejemplo, que existe Pekín los que nunca hemos estado allí. Y lo sabemos con toda certeza. Hay un cúmulo de indicios, de «probabilidades convergentes» tan enorme, que la única razón suficiente para explicarlos es la existencia real de la ciudad en cuestión. La gran mayoría de nuestras acciones se basan en esta clase de razonamientos (57).

San Agustín generalmente establece el hecho apelando a la competencia y veracidad de los testigos (los Apóstoles y Evangelistas), a los milagros y profecías, y a la catolicidad de a Iglesia (58).

Para creer razonablemente es necesario pensar, pero no filosofar. De otro modo, como escribía Consencio a San Agustín, «sólo los filósofos alcanzarían la felicidad» (59). Son pocos los que pueden captar los argumentos con que el espíritu humano se eleva hasta Dios... ¿Y los demás? Los que no tienen esta gran inteligencia ¿habrá que dejarlos sin religión? (60). No. Los sencillos, los *pobres* pueden alcanzar fácilmente la sabiduría, es decir, la verdad y la felicidad. Dios se la da a conocer por los testigos de su palabra y acredita esta palabra con señales suficientemente claras para el hombre de buena voluntad.

Pero el método «creer para entender» no es ventajoso solamente para los sencillos. Hemos visto que San Agustín lo presenta como un método filosófico, para los filósofos. También las grandes inteligencias han de creer para entender, para llegar a la Sabiduría. Primero, para evitar la *ὑβρις* de la razón, los excesos del racionalismo que, en frase de Unamuno, «se devora a sí mismo»; y para llegar con seguridad y plenitud a la verdad en los problemas fundamentales de la existencia. Segundo, y sobre todo, porque todos necesitan pasar por una conversión y una purificación, para amar sinceramente, con to-

(57) *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, parte II: El asentimiento y la inferencia. «Ce que NEWMAN a voulu faire, c'est justifier et expliquer l'existence de ce *census fidelium* dont le rôle lui apparaissait si important à travers le développement dogmatique». L. COGNET, *Newman ou la recherche de la vérité* (1967), p. 217.

(58) Cfr., sin salir del *UCred*, 14 31-32 y 16 34.

(59) «Si fides sanctae Ecclesiae ex disputationis ratione et non ex credulitatis pietate apprehenderetur, nemo praeter philosophos atque oratores beatitudinem possideret». *Epist* 120 1 2 PL 33.

(60) Cfr *UCred* 10 24 PL 42.

das las consecuencias, la Verdad que quieren conocer. «El hombre incapaz de mirar cara a cara la verdad, tiene a mano la autoridad, por la que se hace capaz y se deja purificar» (61).

La Fe es un medicamento, un auxilio, repite San Agustín, para que el hombre caído en lo sensible y en lo temporal, se eleve, por la mediación sensible y temporal de las palabras y la vida de Jesucristo y de la predicación de la Iglesia, otra vez a lo eterno, a la Verdad, a Dios. «Como caímos en las cosas temporales y por su amor estamos impedidos de conocer las eternas, tiene prioridad, no en el orden de la naturaleza y la excelencia, sino en el orden del tiempo, cierta medida temporal, que invita a la salvación, no a los que saben sino a los que creen» (62).

2. Necesidad de la acción

Hemos expuesto, siguiendo a San Agustín, el método para llegar a conocer la verdad de la Sabiduría. Este método comporta una previa iluminación y purificación por la Fe. Pero San Agustín advierte, frente a la concepción del intelectualismo griego (y del racionalismo moderno), que no hemos llegado todavía al final del camino. No basta con conocer, el fin del hombre no es conocer la Verdad y el Ser, sino poseerlos por el amor. Algunos filósofos griegos (los platónicos) alcanzaron a ver la verdad, pero ignoraban el camino para llegar hasta su posesión: «Filósofos paganos hubo que vieron en Dios una cierta vida eterna, inmutable, inteligible, inteligente, sabia y principio de toda sabiduría. La Verdad estable e indeficiente, donde están las *rationes* de todas las cosas creadas, la vieron, sí, pero desde lejos, desde el país del error. Y así no acertaron el camino que conduce a su posesión inefable y bienaventurada (*qua via perveniretur non invenerunt*)» (63).

Una filosofía completa debería enseñar el fin y dar los medios para alcanzarlo. Es lo que hace la religión cristiana, y por esto San

(61) «Homini non valenti verum intueri, ut ad id fiat idoneus, purgarique se sinat, auctoritas praesto est». *UCred* 16 34 PL 42.

(62) «Quia in temporalia devenimus et eorum amore ab aeternis impeditur, quaedam temporalis medicina, quae non scientes, sed credentes ad salutem vocat, non naturae et excellentiae, sed ipsius temporis ordine prior est». *VRel* 24 45 PL 34. Cfr. *MorEccl* I 2 3: «Quia caligantes hominum mentes consuetudine tenebrarum, quibus in nocte peccatorum vitiorumque velantur, perspicuitati sinceritatisque rationis adspectum idoneum intendere nequeunt; saluberrime comparatum est, ut in lucem veritatis aciem titubantem *veluti ramis humanitatis opacata inducat auctoritas*».

(63) *Sermo* 141 1 PL 38.

Agustín la llama a veces *vera philosophia* (64) y dice que la filosofía y la religión son una sola cosa, *non aliam esse philosophiam et aliam religionem* (65). Notemos sin embargo que en estas ocasiones San Agustín habla impropriamente, pues ya hemos visto cómo en rigor la filosofía no es Fe, sino inteligencia de la Fe.

Recojamos la enseñanza agustiniana. La felicidad, el bien supremo del hombre, no consiste en conocer la verdad, sino en amarla, es decir, y puesto que la Verdad es Dios, en dejarse invadir por el amor y la paz infinitos de Dios. Pero sólo un auxilio divino capacita al hombre para romper su ensimismamiento y, saliendo de sí, buscar su salvación en Otro.

JUAN PEGUEROLES, S. I.

*Facultad Filosófica de
S. Francisco de Borja.
(San Cugat del Vallés).*

(64) «Nostra christiana philosophia una est vera philosophia». *C. Iulianum* IV 14 72 PL 44 774.
(65) *VRel* 5 8 PL 34.